

## CAPITULO XXVII.

SNUG. ¿Ha escrito vm. el papel del leon?  
Hagame vm. el favor de darmele,  
pues necesito mucho tiempo para  
aprenderle.

QUINCE. ¡Oh! puede vm. representarle de re-  
pente: el asunto se reduce á rugir.

CUANDO llegó la condesa de Leicester á la puerta exterior del castillo de Kenilworth, vió que la torre, debajo de la cual habia un gran portal, se hallaba guarnecida de hombres de un aspecto extraordinario. Veianse en ella centinelas gigantescas con hachas, mazas, y otras armas antiguas. Representaban soldados del rey Arturo, aquellos Bretones de las primeras edades que, segun la tradicion, habian ocupado los primeros el castillo, aunque la historia no hace subir su antigüedad sino al tiempo de la heptarquía. Algunos de aquellos estraños guardias eran en realidad hombres con borceguíes y viseras; pero todos los demas maniquines de madera y de carton, que mirados desde el suelo hacian completa ilusion. Un castellano, real y verdadero coloso, colocado en la puerta del

castillo, defendia su entrada. Era tan alto y tan membrudo que podia representar á Colbrand Ascapart, ó á cualquiera otro gigante de las novelas antiguas, sin tener que añadir ni siquiera un tacon de una pulgada. Tenia los brazos y las espaldas desnudas, y en los piés unas sandalias atadas con unas correas encarnadas; un chaleco de terciopelo con cordones de oro y calzones de lo mismo cubrian sus piernas y una parte de su cuerpo, y una piel de oso echada al hombro le servia de capa. Nada mas tenia en la cabeza que unos cabellos negros y espesos que revoloteaban sobre ella. Sus facciones tenian aquel carácter pesado y feroz, que ha hecho atribuir casi siempre á todos los gigantes un ánimo grosero y melancólico. La arma que tenia correspondia á su catadura: era una maza enorme, guarnecida de puntas de acero, que podia suplir por una armadura completa.

El rostro de este Titan moderno, cuando le miró Wayland, manifestaba inquietud é impaciencia: unas veces se sentaba en el enorme banco de piedra que estaba delante de la puerta; otras se levantaba, meneaba su descomunal cabeza, daba algunos pasos ácia adelante, y se volvia á su puesto. En el momento en que el terrible gigante estaba en el umbral de la puerta, Wayland, siguiendo su ca-

mino, se adelantó para entrar en el castillo. — ¡Alto ahí! le gritó el gigante con una voz de trueno, y levantando su maza enorme para hacerse respetar, la dejó caer por tierra tocando casi la cabeza del caballo de Wayland. Con el golpe salieron chispas de las piedras, y retumbó el ruido en las bóvedas.

Aprovechándose entonces Wayland del consejo de Flibbertigibbet, dijo que pertenecía á la compañía cómica, que estaba haciendo falta en el castillo, y que se había visto precisado á quedarse atrás. Pero el guarda fué inexorable, y pronunció á regañadientes algunas palabras que no comprendió Wayland, aunque sacó en limpio que se obstinaba en negarle la entrada. He aquí lo que pudo entender de todo el discurso. (Hablandose á sí mismo): ¡Hay un tumulto! ¡un bullicio! (Dirigiendose á Wayland): Es vm. un rezagado, y no hay entrada. (A sí mismo): ¡Hay un gentío!.... me volverán loco.... (A Wayland): Vamos, á un lado, ó te abollo la tapa de los sesos. (A sí mismo): Hay aquí.... no.... jamas sabré yo mas.

— Aguardate un poquito, dijo Flibbertigibbet, yo bien sé donde le aprieta el zapato; pronto le amansaré.

Bajando entonces del caballo, y acercandose al portero, le tiró de la cola de su piel

de oso para hacerle agachar la cabeza, y le dijo cuatro palabras al oido. Ningun talisman obró jamas prodigio mas pronto. Al acabar de hablarle Flibbertigibbet, se llenó de sumision y respeto, dejó caer su maza, cogió al duendecillo, y le levantó tan alto, que si le hubiera dejado caer despues, se habria hecho pedazos.

— ¡Sí, es eso! gritó con una voz de trueno, ¡es eso mismo, amiguito! pero ¿quien diablos ha podido decirtelo?

— Eso nada te importa, respondió Flibbertigibbet; pero.... Miró entonces á Wayland y á la dama, y pronunció lo que tenia que decir en voz baja, no necesitando hablar en voz alta, pues el gigante por su comodidad le habia levantado hasta su oido. Despues de haberle abrazado, le puso el portero en tierra con tanta precaucion como pudiera una muger de gobierno poner sobre la chimenea un plato quebradizo de porcelana. Llamó á Wayland y á la dama.... Entren vms., entren vms., y cuidado con darse mejor á conocer cuando esté yo de guardia.

— Vamos adelante, dijo Flibbertigibbet, voy á quedarme aquí un poco con mi Goliath de Gath. Pronto nos reuniremos, y penetraré tus secretos á pesar de pesares.

— Puede ser, dijo Wayland, pero creo

que este secreto dejará pronto de serlo, ó no estará á mi cuidado, y entónces poco me importará que lo sepa todo perro cristiano.

La condesa y su guia entraron en esto en el castillo, y atravesaron la primera torre, llamada la torre de la Galería.

El puente que se estendia desde la entrada á otra torre situada en la orilla opuesta del lago, llamada la torre de Mortimer, formaba una vasta barrera recubierta, de cerca de ciento y treinta varas de largo y diez de ancho, con mucha arena, y defendida por ámbos lados con buenas empalizadas. Esta galería estaba destinada para las damas que asistirian á las justas; la atravesaron nuestros viageros para llegar á la torre de Mortimer, situada al otro extremo, por la cual se entraba al interior del castillo.

Esta torre tenia sobre su frontispicio las armas del conde de Marcha, cuya atrevida ambicion echó por tierra el trono de Eduardo II, y aspiró á tener parte en la autoridad soberana con la *Loba de Francia*, esposa de este infeliz monarca.

La puerta, sobre la que se veía este escudo de funesto agüero, estaba guardada por muchos centinelas vestidos de ricas libreas. Dejaron entrar á la condesa y á su guia, porque habiendolos dejado pasar el

portero de la galería, no habia porque detenerlos mas léjos. Adelantáronse los viageros callando en el patio grande, desde donde pudieron ver libremente este vasto y antiguo castillo con sus torres magestuosas. Todas las puertas habian sido abiertas en señal de hospitalidad, y las habitaciones estaban llenas de huéspedes del mas distinguido rango, acompañados de gran número de vasallos, criados, y demas comitiva propia de los festines y regocijos.

Wayland hizo alto mirando á la condesa, para recibir sus órdenes sobre lo que debian hacer habiendo llegado ya al lugar de su destino. La condesa nada le dijo; y entónces Wayland, despues de haber aguardado un minuto ó dos, se determinó á preguntarla que era lo que queria hacer. Echóse Amy la mano á la frente como para reflexionar, y luego respondió con una voz apagada y triste:

— Bien pudiera dar yo algunas órdenes; pero aquí ¿quien me ha de obedecer?

Al decir esto, levantó con orgullo la cabeza, como una persona que va á tomar un partido decisivo, y dirigiendose á un criado muy bien vestido que atravesaba el patio de prisa, le dijo:

— Vaya vm. á decir al conde de Leicester que deseo hablarle.

— ¡Al conde de Leicester! respondió el criado estrañando la pregunta. Y viendo el vestido humilde de la que hablaba con tal autoridad, añadió con arrogancia: ¡Tomate esa! ¿quien es esta escapada de Bedlam, que quiere ver á mi amo en un dia semejante?

— No sea vm. impertinente, dijo la condesa; los asuntos que tengo que comunicar al conde son de la mayor importancia.

— Pues busque vm. algun otro para darle sus encargos, señora hermosa. No quiero tomar á mi cuenta sus asuntos, por mas importantes que sean. ¡Vaya vm. con tal pampirolada á mi amo, y precisamente ahora que está con la reina! ¡No es mala frescura por vida mia! lo menos que me darian en recompensa seria cuarenta ó cincuenta garrotazos muy bien dados.... Lo estraño es que el bueno del portero dé entrada aquí á semejantes muebles; pero ha perdido la chabeta, porque tiene que aprender de memoria una arenga.

Al oirle hablar asi, se acercáron otros dos criados; entónces Wayland, zozobroso tanto por sí como por la condesa, se encaminó al que le pareció mas comedido, y poniendole en la mano una moneda, rogóle buscarse un albergue para la señora que él acompañaba. El rogado, que tenia al parecer en el castillo alguna autoridad, echó una peluca al criado

insolente, y le mandó que cuidase de los caballos de aquellos estrangeros, diciendo despues á Wayland que le siguiesen.

Amy tenia bastante serenidad para conocer que no podria ver á Leicester por el pronto; y despreciando los insultos de los lacayos impertinentes y las chocarrerías que decian sobre las lindas aventureras, siguió callando á su guia.

Entráron en el patio interior por una puerta grande que habia entre la principal torre, llamada la torre de César, y una grande habitacion, llamada alojamiento del rey Enrique. Halláronse entónces en el centro de este vasto edificio, cuyas diversas fachadas presentaban modelos soberbios de todos los géneros de arquitectura, desde la conquista hasta el reinado de Isabel.

Atravesáron este patio, y los condujo el guia á una torre pequeña del lado del norte del castillo, cerca de la grande sala, y que la separa del ancho edificio destinado á las cocinas. En los cuartos bajos estaban alojados los oficiales de la casa de Leicester, que hacian su servicio en aquella parte del castillo. En el piso alto, al que se subia por una escalera espiral, habia un cuarto que, estando tan escasos los alojamientos, se habia destinado para algun estrangero. Este cuarto habia que-

dado abandonado por mucho tiempo, y se dijo que un preso, que habia sido encerrado allí en otra época, fué asesinado. Este preso se llamaba Mervyn, y habia dejado su nombre á la torre. Y es en efecto probable que este sitio hubiese servido en otros tiempos de cárcel. Todos los pisos estaban embovedados: las murallas eran espesísimas, y los mayores cuartos de quince piés de estension.

La ventana que le daba luz era muy estrecha, pero daba al sitio llamado *placer*, nombre que designaba un recinto adornado de arcos de triunfo, trofeos, fuentes, estatuas, y otros adornos de arquitectura, y que servia de tránsito para ir al jardín del castillo.

Solo habia en el cuarto en que fué introducida la condesa los muebles mas indispensables; pero ella no hizo alto en eso, y fijó su atencion en el recado de escribir que estaba sobre la mesa (cosa por cierto rara en los tales cuartos en aquel tiempo). Ocurrióle al momento escribir al conde de Leicester, y estar oculta hasta que hubiese recibido la respuesta.

El oficial que les habia servido de guia, preguntó cortesmente á Wayland, porque le habia untado ya las manos, si querian mandarle alguna cosa en que pudiera servirles; y habiendole respondido Wayland que de

buena gana tomarian alguna cosilla por el pronto, condujo á nuestro herrador al sitio en donde se distribuian con profusion comestibles á cuantos llegaban á pedirlos. Wayland escogió algunos alimentos ligeros, propios del paladar delicado de la dama; pero, por su parte, no quiso perder la ocasion de echar mano de algunas cosas mas sólidas y de sustancia, y se encaminó al punto al cuarto de la torre. La condesa habia escrito ya su carta á Leicester, y como no encontrase ni obleas ni seda con que cerrarla, lo habia hecho con un rizo de sus cabellos.

— Leal amigo, dijo á Wayland, tú que el cielo me ha enviado para darme socorro en mis mayores infortunios, te pido, y este será el último favor que necesitará esta desdichada, te pido lveves esta carta al noble conde de Leicester; haz que llegue á sus manos, sea de la manera que fuere. Estas palabras últimas las pronunció con una agitacion mezclada de temor y esperanza. Vete, amigo fiel, ya no tendrás que incomodarte por mí. Tengo muy buenas esperanzas. Si vuelven los días de mi esplendor antiguo, tus servicios serán muy bien recompensados. Entrega esta carta á Leicester en propias manos, y nota sobre todo que demostraciones hace al leerla.

Wayland se encargó desde luego de la co-

mision , pero pidió con instancias á la condesa que comiese alguna cosa. Consintió en ello por complacer á su compañero , á fin de que fuese cuanto ántes á ver al conde. Wayland se fué , encargandola cerrase por dentro la puerta y no moverse de su cuarto , y se encaminó á buscar la ocasion de desempeñar su mensage , y de ejecutar al mismo tiempo un proyecto que le habian sugerido las circunstancias.

Era el caso que la conducta de Amy , su dilatado silencio , la irresolucion é incertidumbre que manifestó en todos sus pasos , el no pensar , el no obrar por sí misma , hicieron creer á Wayland , con bastante verisimilitud , que los embarazos de su posicion habian de algun modo trastornado su juicio.

Al escaparse de Cumnor , el partido mas razonable para ella hubiera sido sin duda alguna irse á casa de su triste padre , ó á cualquiera otra parte , léjos de los que la habian perseguido. Cuando , por el contrario , habia deseado ir á Kenilworth , Wayland creyó que queria ponerse bajo el amparo y proteccion de Tresilian , ó de la reina por su medio. Pero ahora , en vez de tomar un partido tan natural , le daba una carta para Leicester , el patron de Varney , en cuyo poder ( si acaso no era por su órden espresa ) le habian hecho

sufrir tanto. Semejante paso le pareció imprudente , desesperado. Temiendo Wayland arriesgar su seguridad personal y la de Amy si ejecutaba su comision , se decidió á no hacer nada sin estar seguro de tener en caso necesario un protector ; resolvió pues , ántes de entregar la carta , ir en busca de Tresilian , darle parte de la llegada de la señora á Kenilworth , y descargarse asi de toda responsabilidad , echandola sobre el primero que le habia puesto á su servicio.

— Juzgará mejor que yo , decia entre sí mismo Wayland , si es á propósito satisfacer el deseo que ella tiene de hacer apelacion á lord Leicester , lo que me parece una locura : de este modo pongo el asunto entre sus manos , le doy la carta , recibo lo que quieran darme en recompensa , y echo á correr de Kenilworth como alma que lleva el diablo. Despues de todo lo que me ha sucedido , preveo que no podrá ser este un sitio agradable para mí. Vamos , vamos ; mas me acomoda herrar los borricos del último rincon de Inglaterra , que disfrutar de las comidas y fiestas magnificas de los habitantes de este castillo hermoso.